

Clara Voghan

Pequeños Pecados

edición digital



Reading & relax, IV

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO I

Comenzó a caminar entre las tumbas recién abiertas. Ya no tenía nada que hacer allí. Sólo restaba irse, volver a la rutina diaria... ¿Y entonces por qué cada paso que daba se iba tornando más lento y dificultoso? Era como si algo le impidiera seguir adelante. Quizás era aquella maldita tierra mojada,

o quizás...

Cohen se detuvo, y miró hacia atrás. Los pocos que habían formado el cortejo corrían ahora, indiferentes a todo decoro. Más que de la lluvia tupida que estaba arreciando, parecían resueltos a huir de la misma muerte. Victoria, en cambio, permanecía parada junto al sepulcro de su madre. Era desgarrador contemplarla: más sola que nunca, con sus inmensos ojos celestes nublados por el dolor, y su rostro pálido oscurecido por las ojeras de tantas noches en vela. Con una fragilidad a flor de piel, que hacía temer que su cuerpo menudo estuviera a punto de doblarse por lo irreparable.

Más allá, guarecido bajo el techo de la pequeña capilla adonde se había leído el responso, desde lejos, Guillermo, su novio, esperaba.

Cohen resopló. Y como siempre que las cosas no le parecían justas, comenzó a invadirlo un deseo intenso de tomar un buen whisky.

Con paso firme se dirigió hacia su auto, estacionado lejos de aquel lugar miserable, en el camino que se abría entre las bóvedas de las familias acomodadas.

Ya no tenía nada que hacer allí.

—¡Cohen!

¿Quién lo estaba llamando?. Se detuvo, y observó con curiosidad la figura que avanzaba a través de la tormenta.

—Cohen, ¿me llevas a la oficina?

Sin reparar en la lluvia que lo empapaba, Cohen permaneció inmóvil junto a su auto, mientras miraba con desconfianza al recién llegado. Guillermo, en cambio, ya estaba parado del lado del acompañante, ansioso por un refugio.

—¿Puedes llevarme a la oficina? —insistió—. A las tres me espera la gente de Sánchez y Sánchez.

—Apenas son las doce del mediodía... —respondió Cohen—, además..., ¿no deberías estar acompañando a tu novia?... —añadió, en tono severo.

Guille asintió, mientras ponía una carpeta sobre su cabeza para evitar el agua que ahora caía a raudales. —Es que... Victoria tenía que llenar los últimos papeles, y ...

El otro permaneció estático, acusándolo con la mirada.

—Ella misma me pidió que volviera a la oficina, y...

Nada.

—Además...

—¿Además? —interrogó Cohen.

Guillermo agachó la cabeza: —Además le tengo fobia a los cementerios. No me gustan —agregó, con voz compungida.

Y bastó aquella pequeña confesión de culpa, para que su jefe se diera por satisfecho, y apretara el botón que permitía el acceso al automóvil.

Chorreante, Guillermo trató de acomodarse de inmediato, produciendo el menor daño posible al ya dañado y vetusto tapizado interior.

Era evidente que su jefe desaprobaba su actitud. Y no era que Cohen fuera de corriente una persona locuaz, pero aquel silencio con que lo golpeaba estaba cargado de acusaciones y reproches. Y a Guille no le gustaba sentirse “el malo de la película”.

—Desde niño que tengo fobia por los cementerios —se justificó—. Creo que es porque cuando tenía cinco años se murió mi abuelito, y yo estaba muy apegado a él. Luego mi madre insistía en llevarme a visitar su tumba cada Pascua... ¡Te imaginas!... Mira como será, que hoy, durante toda la

mañana, he sentido unas ganas irrefrenables de comer un huevo de chocolate...

Ni bien acabó de hablar, Guille se revolvió en su asiento, incómodo. Había dicho una estupidez, lo sabía, como siempre que se sentía juzgado. No soportaba la presión. Y el silencio de su jefe ya le estaba perforando el cerebro. Cohen seguía con la vista fija en el camino, y ese aspecto amargado y miserable que lo caracterizaba. Bastaba ver su traje para poder definirlo: anticuado, inmenso, pero de un corte cuidadoso y perfecto. Así era Cohen. Le gustaba vestir como un muerto. Y eso que era un contador próspero, con un estudio montado, que muchos envidiaban... ¿Cuánto dinero haría el tacaño de Cohen al mes?... ¡Fortunas! Guille, de haber ganado la mitad, ya hubiera cambiado aquel cascajo miserable que el otro usaba como transporte... Pero Cohen, no... Aquel tipo era raro. Todo en él era extraño. Como su endiablado pelo rojo, de un tono tan oscuro que hacía pensar que en su cabeza y en su barba crecía todo un bosque de caoba...

¿Cuántos años tendría Cohen?

—¿Cuántos años tienes, Guillermo?

La voz de su jefe lo sorprendió en medio de sus pensamientos. Era como si le hubiera leído la mente.

—Veintiocho.

—¿Veintiocho?... Que raro que nunca nos hayamos cruzado en la facultad...

—Repetí cuarto año del bachillerato.

—¡Igual! Deberíamos...

— Dos veces.

— Ah...

¿Qué había querido decir Cohen con eso de “cruzarse en la facultad”? ¿Tendría su jefe menos de treinta años? Parecía como de cien, con ese eterno gesto adusto.

—¿Victoria tiene tu misma edad, no?

— Ella tiene veintisiete. Pero se recibió...

—Hace tres años, lo sé. Hace cuatro que trabaja para mí...

Un silencio incómodo volvió a instalarse entre ambos.

—¿Cuánto hace que están de novios?

—¿Victoria y yo?— preguntó Guille con candidez.

Cohen le devolvió una mirada de desagrado.

El muchacho se limitó entonces a responder, obediente: —No sé... Déjame pensar... A ver... Siete años, creo... Sí, sí... ¡Siete años! A los dos meses, más o menos, de que ella y su madre se mudaran a la Capital.

—Entonces piensan casarse pronto...

Semejante aseveración tomó a Guillermo completamente por sorpresa. No sólo porque el matrimonio

nunca había sido un tópico de conversación entre su novia y él, sino también porque no esperaba un comentario tan íntimo de alguien como Cohen.

—Pensar, pensar, lo que se dice pensar... no lo hemos pensado. No tenemos dinero como para...

—¡No digas idioteces! —lo interrumpió su jefe—. Los dos son profesionales...

—Aún no me han dado el título.

—Pero te has recibido el mes pasado. Con tu sueldo podrían pagar la renta, y con el de ella...

—Yo estoy cómodo con... —saltó Guillermo. Pero se interrumpió, y cambió el tono por otro más medido—. Me refiero a que Victoria...

—Victoria se ha quedado sola en ese pensionado miserable, y, que yo sepa, eres lo único parecido a un pariente que tiene en este mundo.

¡Esto era el colmo! ¿Qué tenía que meterse Cohen en su vida?.

—No es que yo quiera meterme en tu vida, y mucho menos en la de ella, pero...

Guillermo se estremeció: ¡de verdad aquel hombre era capaz de leer su mente!

—Mira Cohen...

Su jefe no lo dejó terminar.

—¿Conoces a la contadora de Pérez Prado?

—¿La mujer que reemplaza a Rubio? ¿La que está a punto de parir?

—¡Ella!... Bueno, el otro día se puso a conversar con tu novia en mi oficina. Cosas de mujeres, tú sabes... Hablaban de hijos, de la casa. Y en un momento, muy convencida, Victoria dijo que esperaba ser madre antes de los treinta...

—¿Los treinta? —repitió incrédulo Guille, como si el calendario hubiera avanzado sin pedirle permiso.

—Y tal como pensaba, no falta tanto para que eso ocurra. Dudo que Victoria esté planeando ser madre soltera, así que... si mi mejor empleada va a casarse, creo que es importante saber cuándo y por cuánto tiempo voy a tener que prescindir de ella.

—Yo... yo... —comenzó a balbucear Guille.

¿Casarse?! Eso ni siquiera había pasado por la mente de Guillermo. Y, por cierto, Victoria no planeaba tener un hijo siendo soltera. No después de todo lo que había tenido que soportar su propia madre... Pero, ¡casarse! Ellos no estaban en condiciones de hacerlo. ¿Rentar algo con su sueldo?... ¡Ni pensarlo! Él estaba acostumbrado a otro tipo de vida... Por supuesto que para Victoria cualquier “cueva” significaba un progreso, respecto de la pieza miserable que había compartido con Ramona durante los últimos años. Nadie ignoraba que su novia había pagado su brillante

carrera como contadora, gracias a que su madre y ella habían limpiado oficinas. ¡Y no es que hubiera nada de malo en eso!... Él no tenía las ridículas ideas de su familia, que siempre había mirado con recelo a la difunta por sus rasgos aindiados, su piel oscura, y sus manos desgastadas por las tareas más serviles. Por el contrario, a él nunca le había importado el dinero ni las diferencias de clases... Pero su realidad había sido muy distinta a la de su novia: su padre era abogado, y su madre sólo se ocupaba de su hijo, su marido, y su propio hogar. Su casa era cómoda, espaciosa, y tenía todos los lujos que la tecnología volvía imprescindibles. Victoria, en cambio, nunca había tenido ni siquiera un pequeño ordenador personal. Siempre había recurrido al de su empleador, o al de la biblioteca pública. Para ella no resultaba una incomodidad. Para él, en cambio, tener que desplazarse hasta el cuarto de su padre para conectarse a la red, había resultado tal suplicio, que había terminado perforando la pared de su habitación, para poder gozar también él de aquella ventaja, sin tener que caminar ni un solo paso.

Nadie desconocía que en el país, que en los noventa se había espantado por tener un treinta por ciento de pobres, ahora, apenas unos años después, los indigentes superaban con holgura la mitad de la población. Muchos de sus amigos, acomodados en la famosa “clase media argentina” durante generaciones, habían caído tristemente en los últimos años. Él no quería ser otro “nuevo pobre”. Se había esforzado mucho para que no fuera así (jocho

interminables años de carrera!), y no iba a desperdiciar tanto sacrificio por un casamiento apresurado.

No. El matrimonio no era su prioridad. Sí, en cambio, un buen auto. Uno que marcara su nivel. Y también mejorar su guardarropa. No era un hombre coqueto, pero... ¡Vamos! ¿Cuándo más iba a poder disfrutar de un buen vestuario? ¿Cuándo tuviera cuarenta, y ya estuviera pelado? ¡No! A los cuarenta pensaría en los hijos. Total, Victoria y él todavía eran muy jóvenes. Antes estaba el auto, la ropa,... y un “barquito” no vendría del todo mal...

Ya se veía a sí mismo navegando, con el viento sobre su cara y la piel bronceada por el sol, cuando la mirada despectiva de Cohen lo volvió a la realidad. Aquel miserable, con un auto imposible y un traje anticuado, era su jefe, y no ocultaba su desaprobación.

El “barquito” debería esperar.

—Yo no estoy preparado para el casamiento —dijo Guillermo, concluyendo así la frase que había comenzado varios minutos atrás.

Por un breve lapso reinó el silencio, pero luego la voz profunda y áspera de Cohen se adueñó del espacio, y resonó en el pequeño auto:

—Piénsalo dos veces, Guillermo. Victoria es una gran mujer... Alguien te la podría robar.

Guille miró a Cohen con sorpresa. ¿Robarse a su novia?...

¡Tampoco era como si fuera una mujer irresistible!, se indignó. No es que tuviera “mal ver”, por supuesto. Su naricita respingada, sus mejillas llenas, y sus ojos profundamente celestes formaban un conjunto agradable, ¡pero tampoco como para darse vuelta por la calle!... Si bien él se había enamorado a primera vista, y había luchado arduamente para conquistarla, ahora el amor de ella estaba asegurado. Victoria sólo tenía ojos para él. Era incapaz de buscar a otro (y, por cierto, tampoco había hombres haciendo fila tras ella). Entonces..., ¿por qué Cohen había traído a colación semejante disparate?...

A menos que...

¿Cohen?!

El hombre volvió a mirar su reloj. Ya era hora. Sin embargo, casi se sentía mal al tener que molestar a aquella muchacha. ¡Pobre niña! Desde el mediodía que estaba allí, sentada en un banco, empapada por la tormenta que había terminado inundándolo todo, y con la vista fija en la tierra recién removida.

Ya llevaba algunas horas observándola. No se movía. No lloraba. Simplemente estaba allí, quieta, como si el dolor hubiera detenido para ella el tiempo y la vida.

—Señorita, el cementerio va a cerrar...

Victoria miró a aquel hombre con sus ojos color cielo.

—Sí, claro... Disculpe... —respondió, avergonzada, mientras se ponía de pie. Su ropa chorreaba, y ella comenzó a caminar lentamente, como doblegada por el peso de tanta agua.

En medio de la oscuridad un hombre joven salió a su encuentro. Era Guille.

—¡Victoria!... ¡¿Qué hacías todavía aquí?!... Casi nos matas de la preocupación...

—Disculpa —respondió ella, con voz queda.

—Ven.

Su novio se apuró a abrazarla, para así sostener su paso vacilante. —Voy a llevarte a tu casa. Cohen me ha prestado su auto.

—¿Cohen?

—Sí. Te ha estado llamando durante toda la tarde, y al ver que no le respondías...

—¿Por algo del trabajo? ¿He dejado algo pendiente?... —comenzó a decir Victoria, mientras mecánicamente buscaba el teléfono móvil en su bolso empapado.

—No, creo que no... Es que nos tenías preocupados. Bueno, a “mí” me tenías preocupado.

—¿Y Cohen te ha prestado su auto para que vinieras a buscarme? —preguntó Victoria con inocencia.

—Sí —se limitó a responderle Guillermo, mientras perdía la mirada en el vacío. Allí, justo allí, donde sus celos, por primera vez en su cómoda vida, comenzaban a asomar.

La muchacha del café solía coquetear con todos en la oficina. Con inocencia, por supuesto. La pobre usaba su sonrisa fresca para incrementar un poco las ventas, pero nada más. Muchos lo habían intentado, porque la niña... Pero ella, en su media lengua de refugiada, se mantenía firme. Sólo una sonrisa y un café. Rubia, altísima, de unos ojos celestes indescriptibles y una figura longilínea, había llegado, como muchos, de algún país perdido de la antigua Rusia, a otro país perdido del cono sur. Corrían voces de que la muchacha era ingeniera en su ciudad natal. Y quizás por esa vocación de cálculo, prodigaba sus sonrisas con justeza, y sus miradas con economía suficiente como para encantar a los caballeros, sin incomodar a las damas.

Guille se deleitaba todas las mañanas contemplando su andar rápido entre los escritorios. Y es que a Guille las mujeres de ojos claros “lo podían”. Como Victoria, su novia.

—Gracias, Tatiana.

Linda sonrisa. Y buenas piernas... Y allí iba Tatiana, como todos los días, hacia el escritorio de López. Y nuevamente esa sonrisa. Y ahora le tocaba el turno a Vázquez. Más café. Y Cohen salía de su oficina, y...

¡Un momento! Tatiana, la bella Tatiana, había cambiado por completo de actitud al ver al jefe. Su sonrisa se había desvanecido, y un tenue rubor había coloreado sus mejillas. Pero el idiota de Cohen, como si nada. La saludó con cortesía, y siguió con sus tareas. La muchacha de las piernas largas, en cambio, se detuvo y observó con ojos lánguidos su indiferencia, como...como... ¿si le gustara? ¿Sería posible que alguna mujer hallara a Cohen atractivo?...

De la nada surgió Victoria. Era su primer día en la oficina luego del entierro, y su novio comenzó a observarla, vigilante. Ella se aproximó a Cohen... Se aproximó demasiado a Cohen, y él... ¡Claro!. Inmediatamente él dejó todo y se puso a escucharla. ¡A escucharla con los ojos!... ¿Para qué tenía que mirarla tanto, mientras ella hablaba? ¿Una simple consulta de trabajo ameritaba tanta cercanía?.

Guille sintió que su sangre comenzaba a hervir.

Trató de calmarse. Desde aquel día fatal en el cementerio que no podía dormir. Todavía resonaban en sus oídos las palabra de Cohen. Y él amaba demasiado a Victoria como para perderla. Como para que se la robara ese judío avaro, que no era capaz ni de comprar un buen traje... ¡Y por cierto que el tipo la miraba con ganas! ¡¿Cómo no se había percatado antes?!...

Guillermo tenía muchas cuentas que ajustar con su jefe, Samuel Cohen. Y estaba dispuesto a hacerlo lo más rápido posible. Tenía que sacarlo de encima de su novia para

siempre... Y sólo había una manera de lograrlo. Una única solución. Una solución tan definitiva, como desesperada. Y estaba allí, frente a él. En su escritorio.

Abrió el cajón y comenzó a acariciar con disimulo el objeto que allí guardaba. Un medio seguro de destruir a su oponente. Un lustroso y brillante... anillo de compromiso.

Victoria se miró al pequeño espejo que había en el único baño del pensionado, y suspiró. Se veía horrible. Su cara delataba las noches de llanto. Pero hizo un último esfuerzo: un poco de delineador aquí, algo de rubor por allá... ¡Listo!

Se sentía muy cansada. Con gusto se hubiera tirado en su camastro para cerrar los ojos hasta el día siguiente. Pero Guille había insistido en llevarla a cenar. Era como un chico, y ella era incapaz de contrariarlo... Y además, comer le vendría bien. Ya hacía dos noches que no lo hacía...

¡Pobre Guille!. Era un dulce... Había sido siempre tan considerado con ella, tan respetuoso de sus necesidades... Como cuando estaba a punto de recibirse, y no podía salir hasta muy tarde con él... O durante los últimos años, cuando tuvo que poner toda su atención en su madre enferma, debiendo postergar su vida en común. Él nunca le había reclamado. Y ella le estaba muy agradecida por eso.

Alguien golpeó la puerta del baño. No se podía permanecer allí más de cinco minutos sin que otro inquilino

se impacientara. Tomó sus cosas y salió dispuesta a esperar a su novio.

Frente a su cuarto se detuvo, dubitativa. La impresionaba un poco entrar allí. Abrió la puerta, con la vista fija en el frente. Odiaba esa pieza. Odiaba sus paredes descascaradas, el olor a humedad, el pequeño anafe junto a la puerta. Pero más odiaba el catre vacío donde había muerto su madre. Le hacía mal verlo.

¡Quizás si Ramona, su madre, no se hubiera ido tan joven!... Apenas cuarenta y nueve años tenía... ¡La mala vida! Despreciada por su familia, había tenido que abrirse camino en una provincia desconocida, sola y cargando una hija en sus brazos. Sin saber leer ni escribir, había trabajado primero la tierra y luego una pequeña granja. Y cuando las cosas parecían estabilizarse, lo había dejado todo para venir a la Capital y que su hija pudiera concurrir a la mejor universidad disponible. “Tú puedes, Victoria”, le decía siempre... “Tú tienes que torcer este destino de pobreza, porque tú no has nacido para ser pobre”. ¡Su madre! Siempre mirándola con orgullo, acompañándola mientras estudiaba. Eran las dos contra el mundo... Y aunque Ramona tuviera que levantarse al alba, nunca faltaba un mate a la madrugada, cuando Victoria comenzaba a confundir las letras de los libros. Gracias a ella se había recibido. Gracias a ella, que no sabía nada, lo había aprendido todo. Al menos, todo lo importante ...

Una lágrima cruzó su mejilla. ¡Si su madre no se hubiera muerto tan joven!...

El timbre de la calle interrumpió sus pensamientos. Guille, su príncipe azul, al fin había llegado para rescatarla de tanta soledad.

Victoria miró el coqueto restaurante con algo de desconfianza. Sabía que Guillermo había estado un par de veces allí con sus amigos, pero llevarla a ella, con los precios que se debían cobrar, le resultaba un lujo un tanto extravagante. Sin embargo se abstuvo de decir algo. Era evidente que su novio quería hacer de aquella una ocasión especial. El pobrecito no sabía como disimular, y desde hacía dos días que estaba muy inquieto. ¡Era un dulce!...

Durante el plato principal (no hubo aperitivos por razones de costos), Guillermo se mostró confiado y locuaz, pero a medida que la hora del postre se acercaba, su ánimo fue oscureciéndose.

—¿Qué opinas de Cohen? —preguntó al fin.

Victoria se sorprendió.

—Sabes perfectamente lo que opino. Siempre te he dicho que lo admiro.

—Como contador..., ¿pero como hombre?...

—¿Qué te ocurre?... Nunca he pensado en Cohen como un hombre. ¡Es mi jefe!

—¿Eso que tiene que ver?... ¿Lo encuentras atractivo?

—¿Qué estás diciendo? —preguntó molesta—. A ti te encuentro atractivo. No miro a los otros.

—Creo que Tatiana, la niña del café, está un poco enamorada de él...

—Ya lo noté —respondió Victoria, sin dudar.

Demasiado “sin dudar” para el gusto de su novio.

—¿Crees que es atractivo? —insistió Guillermo.

—¿Me has traído hasta aquí para hablar de Cohen? —preguntó Victoria, molesta.

Guille acarició la cajita que tenía en el bolsillo... ¡El momento había llegado!

—Mira... —comenzó a decir—, sé que tú y yo no somos del tipo que recuerda los aniversarios...

—Nos conocimos un dos de octubre, y me besaste por primera vez un veinticinco de diciembre, hace ya siete años... —dijo Victoria, con una sonrisa.

Guillermo la miró sorprendido. ¡Vaya memoria!...

—Bueno, al parecer soy yo el que no recuerda las fechas... Pero sí recuerdo siempre el amor que te tengo. Yo te quiero, Victoria. Te amo más que a nada en este mundo...

Y diciendo esto, torpemente le alargó la cajita que estaba guardando.

La muchacha la abrió, emocionada. Pero al ver el contenido, enmudeció.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —preguntó Guille, ansioso.

—No. Es hermoso. De hecho, debe haberte costado una fortuna...

—No tanto... Lo compré sin factura, y me ahorré el impuesto... ¡Pero es un diamante de verdad!

Su novia no parecía muy emocionada. Sólo contemplaba el anillo, sin sacarlo de la caja.

—Es un anillo de compromiso —la animó Guille.

—Me doy cuenta... Pero nosotros ya estábamos comprometidos —respondió ella, algo confundida—. El cinco de enero del 2003 nos pusimos las alianzas de plata, ¿lo recuerdas?

Recordaba las alianzas, pero no la maldita fecha. ¿Desde cuándo a Victoria le importaban tanto ese tipo de detalles insignificantes?

La cara de decepción de Guillermo fue tan evidente que su novia se vió obligada (como siempre que él se sentía contrariado), a consolarlo.

—Escucha, querido. El anillo es hermoso... Pero, ¿no crees que podríamos devolverlo, y comprar las alianzas de oro para el casamiento?

¡Casamiento! ¡Otra vez esa horrible palabra!

—Ya habrá tiempo para eso —dijo Guillermo, fingiendo despreocupación.

Pero, por primera vez en toda su larga y cómoda relación, pasó algo inesperado. Por primera vez su novia le habló, no como el chico que él se sentía, sino como el hombre que ella amaba.

—No, no hay tiempo —dijo, apesadumbrada—. Ya no tiene sentido que vivamos separados. Quiero casarme cuanto antes.

Guillermo la miró horrorizado.

Ella insistió: —¿Quieres casarte conmigo, no?

—Sí, pero... Todavía somos jóvenes, y yo...

Victoria lo miró con sus inmensos ojos celestes, y él no tuvo valor para continuar.

—Mira, Guillermo, nunca deseé demasiadas cosas en mi vida. Desde chica aprendí a conformarme con lo que me tocaba, y a ser feliz con lo poco que poseía. Sabía que el día que me enamorara iba a ser así, un amor tranquilo. No ese gran amor de las películas, ese que hace hervir la sangre. No. Un amor chiquito..., pero fuerte, indestructible. Un amor que se construyera con el trabajo y el tiempo... No te engaño, Guillermo. Sabes que no tengo mucho para ofrecerte. Sólo mis ganas de hacer de ti un hombre feliz... De mimarte, de cuidarte, de atenderte, como he hecho todos estos años...Eso es lo que quiero de mi vida, Guillermo. Y lo quiero ahora, porque para mi no tiene otro

sentido el respirar. Quiero ser madre, Guillermo. Quiero reencontrarme con ese amor tan especial que tenía con la mía. Quiero construir una familia. Quiero tener un motivo para levantarme a la mañana. Quiero ser feliz, Guillermo. Y quiero serlo ya, porque no puedo seguir esperando para vivir mi vida.

Su prometido continuaba con la cabeza baja, sin responder.

En la mesa contigua, un grupo grande comenzó a brindar, mientras una pareja se besaba.

Victoria los miró. Parecían felices... Y entonces observó a su novio... Y luego escuchó a su corazón.

Y dejando el anillo sobre la mesa, se puso de pie, y sin mediar otra palabra, se fue, dejando atrás a aquel desconocido con el que había compartido los últimos siete años de su vida.

Aquel había sido un día difícil en la oficina. Victoria había tenido que trabajar sintiendo todo el tiempo la mirada compungida de su ex— novio sobre ella. No se hablaban, pero los reproches corrían de escritorio a escritorio. No iba a soportar demasiado tiempo esa tensión.

Durante las horas de la mañana había esperado en vano que Guillermo se arrepintiera, y que corriera para abrazarla. Pero ahora, bien entrada la tarde, ya se había resignado a

ser nuevamente una mujer soltera (¡mejor ahora, que cuando tuviera cuarenta!).

Terminó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia la oficina de su jefe. Al abrir la puerta del despacho principal miró involuntariamente hacia el escritorio de su ex. Guillermo la observaba con furia.

—Cohen, ¿puedo hablarte?

— Adelante.

Victoria cerró la puerta tras ella. No solía hacerlo, pero no quería que nadie más escuchara lo que estaba a punto de decir.

—Disculpa, se que estás ocupado...

—No, no importa —dijo Cohen.

Sin pensar levantó la cabeza y la miró a los ojos. Pero como siempre que sus miradas se encontraban, él se apresuró a volver a lo que estaba haciendo.

—Sabes que la muerte de mi madre me ha dejado algunas deudas... Los hospitales públicos son deplorables, y...

—¿Necesitas dinero? Pídele a Vázquez que escriba un cheque por lo que te haga falta...

—Te agradezco, pero ya te debo dos meses completos de sueldo y...

—¿Y qué?... Con la excusa de que está terminando su casa, López me debe ya cuatro. ¡Y ni siquiera es bueno en el trabajo!

—Ya sé que puedo contar contigo, pero... Quisiera ganar algo extra, y así poder pagarte a ti, y los meses que debo en el pensionado. ¿Todavía buscas gente para hacer la auditoría en el sur?

—¿Quieres irte al sur?... ¿Qué opina tu novio de eso?

Victoria no le respondió. Se limitó a agachar la cabeza. Pero a pesar de estar mirando el piso, pudo sentir que su jefe la observaba. Extraña virtud la de Cohen, capaz de transmitir su descontento sin necesidad de hablar.

—Mira, Victoria. ¡Ni pienses en viajar! Te necesito a mi lado... Es decir... —se apuró a corregir Cohen— ... te necesito en la oficina. Eres la única que me ayuda con el trabajo.

—Quisiera no tener que venir al estudio por ahora. No me siento cómoda aquí...

—Lo entiendo... Desde mañana vas a ir al laboratorio que está en concurso de acreedores. Ya mismo voy a llamar para que te dejen trabajar allí, por lo menos por este mes. Después veremos... Y pídele a Vázquez el cheque. Al menos por lo que debes en el pensionado. No es buen negocio para mí el que trabajes preocupada...

Victoria miró a su jefe, pero éste ya había vuelto a sus papeles, como si ella no estuviera allí. Era inútil

agradecerle o discutir. Sabía que sólo lograría incomodarlo. Cohen siempre hablaba de negocios cuando hacía un favor. Era su forma de disimular que, por mucho que lo avergonzara, en verdad era una gran persona.

Su teléfono móvil había estado sonando las tres últimas cuadras, pero recién entonces Victoria se percató del ruido molesto que hacía temblar su bolso.

No tenía ganas de contestar. Si era Cohen, era por trabajo. Y si era Guille...

No tenía ganas de contestar.

Abrió su bolso y miró el nombre indicado en el visor. “Pensión”, decía, y se sobresaltó. En los siete años que había vivido allí era la primera vez que la llamaban, así que se apuró a atender.

—¿Sí?

—Soy doña Rosa... ¿Podrías venir cuanto antes?

—Estoy a dos cuadras. Si es por los meses que adeudo, ya estoy llevando el dinero...

—No, hija, no. Necesito que vengas cuanto antes... ¡Aunque también necesito el dinero!... —dijo la mujer con apuro, para luego añadir en voz baja, como si alguien pudiera oírla—: Tus tías te están esperando.

—¿Mis tías?

Victoria se estremeció. ¡Primitiva! La vieja zorra había olido la muerte y venía a rapiñar los restos del cadáver—. Ya voy. Que me espere allí... ¡Pero por ningún motivo la deje entrar al cuarto! —suplicó.

La muchacha guardó el teléfono y comenzó a caminar con paso rápido por las veredas destruidas. ¿Así que la muy desgraciada había decidido aparecer? ¡Pero esta vez no iba a poder lastimarla sin que también ella resultara herida!

Tembló de furia. Sólo había visto dos veces en su vida a su tía abuela Primitiva Rojas. La primera, cuando tenía ocho años. La vieja la había alejado de su madre, con la excusa de llevarla a pasear por el campo. Pero durante todo el camino la había sermoneado sin motivo, para acabar diciéndole que ella era “el fruto prohibido de una violación”. Victoria, que para aquel entonces no tenía un lenguaje muy florido, pero sí la memoria perfecta que la caracterizó siempre, había esperado a reencontrarse con Ramona para preguntarle por aquellas palabras que la habían intrigado. Quería saber si un fruto era la misma cosa que una fruta, y si una violación era algo malo. Todavía recordaba las lágrimas desesperadas de su madre al escucharla, y aquella dolorosa respuesta que se había quedado ahogada en su garganta. Para los quince años, en cambio, cuando volvió a ver a aquella arpía en el velorio de su abuela, ya había aprendido el significado de su maldad, y ya tenía muy en claro que, quienquiera que hubiera sido su padre, ella era fruto del amor y no de la violencia (su madre se lo había jurado, y con eso le bastaba). Pero

aquella bruja se las ingenió para hacerla sentir mal otra vez. “Tú no perteneces aquí”, le había gritado delante de todos. “Tú no eres una Rojas. Tu eres una hija de nadie. Vete con la ramera de tu madre, que ha matado a mi pobre hermana a disgustos”. Luego de aquello, Ramona y ella se prometieron olvidar el pasado, y formar una familia de dos. Una alianza inquebrantable contra el mundo, que sólo la muerte había podido destruir.

—Están en la salita —se apuró a decir doña Rosa, al verla.

Parecía preocupada. Y debía estarlo (o al menos, conmocionada), porque había olvidado reclamar el dinero.

Victoria espío a través de la puerta que separaba la salita del patio. Y se alarmó.

—No, ninguna de esas dos es mi tía... No conozco a esas mujeres... Llame a la policía, Rosa. ¡Deben ser ladronas!

—No, hija, no. Son gente importante. Han venido en un auto lujoso, con un chofer, y han preguntado por ti.

¿Gente importante?

Nunca en su vida se había codeado con gente importante, como no fuera para limpiar sus baños; y nadie con chofer, que ella supiera, conocía su nombre.

La pobre muchacha no tenía ganas de recorrer el camino que la separaba de aquellas damas.

—Disculpen, señoras —dijo al fin, a la par que abría la puerta con resolución—. Debe haber un error...

Una de las damas, la de cabello blanco, se puso de pie, la enfrentó, y comenzó a mirarla con sus grandes ojos azules. Victoria sintió un escalofrío. La otra, con un pelo ridículamente oscuro, todavía sentada, se apuró a preguntar:

—¿Crees que es ella?

La dama parada contestó, como si Victoria no estuviera presente—. ¿No ves su cara? ¡Es igual a la madre!

—Señoras, creo que hay un error. Yo soy Victoria Rojas, y...

—¿Crees que va a servir? —preguntó la mujer sentada a la otra, ignorando por completo a la muchacha, como si Victoria hubiera sido sólo un objeto detrás de una vitrina.

—¡Por supuesto!... Tiene un buen porte... ¡El porte de la familia! —contestó la canosa. Y diciendo esto comenzó a girar alrededor de la pobre muchacha, que la dejaba hacer, confundida.

Finalmente Victoria reaccionó: —Señoras, por favor... Mi madre ha muerto hace pocos días, y no me siento muy bien... Rojas es un apellido muy común, y seguramente están buscando a alguien más...

—¿Ramona Rojas ha muerto? —preguntó la dama, mirándola con sus ojos fríos y despiadados.

Victoria sintió miedo. —¿Conocía a mi madre? —le preguntó, en un hilo de voz.

—Trabajó brevemente en nuestra casa.

La muchacha empalideció.

—Señoras, no es a mi a quien buscan —insistió, más por deseo que por convicción.

—¡Tonterías!... Tu padre, nuestro hermano...

—¡Yo no tengo padre! —la interrumpió Victoria con furia contenida—. No lo he tenido por veintisiete años, cuando lo necesitaba, y no lo tengo ahora, que no lo necesito.

—No seas necia, hija —comenzó a decir una de las damas, pero Victoria no la dejó continuar.

—Si mi padre nunca se ha molestado en saber si estaba viva o muerta, no veo porque...

Pero ahora fue la dama la que la interrumpió: —Tu padre te ha buscado incansablemente, y nunca perdió las esperanzas de encontrarte con vida.

—¿Qué está diciendo?!. Mi madre y yo nunca nos ocultamos... —Y luego añadió como para sí: —Es el colmo. Toda mi infancia he debido cargar con el estigma de ser hija natural, y ahora que ya no me importa...

—Tú no eres hija natural. Tus padres estaban casados.

—¿Qué dice?

Victoria se tranquilizó. —¡Ya me parecía!. Usted se ha confundido de persona. Mi madre, Ramona Rojas, era soltera. Estoy segura.

—¿Cómo puedes creer que Ramona era tu verdadera madre? ¿Te has visto en el espejo? —dijo aquella mujer, mientras la obligaba a mirarse en la pequeña vitrina espejada que había allí.

Victoria trastabilló. Parada junto a aquella dama elegante, el parecido entre las dos era asombroso. La piel clara, las mejillas prominentes, la nariz pequeña, la barbilla redondeada. Un aire de familia que nunca había encontrado en el rostro oscuro de su propia madre...

Cada vez que una maestra nueva llegaba al pueblo se repetía la misma escena: “Dígale a la madre, por favor...”, le decían a Ramona, cuando iba a buscarla al colegio. Y siempre seguía la misma respuesta, dicha en tono tímido y quedo: “Yo soy la madre”.

Y ahora, frente a aquel espejo, por primera vez su imagen tenía un referente.

—¿Por qué no ha venido él,... el que dice que es mi padre?

—Ha muerto.

Victoria sintió aquella pérdida como propia. Como si aquel hombre que había pasado la vida despreciando e intentando ignorar, hubiera ocupado, a pesar de todo, un lugar profundo en su corazón.

—Mi madre nunca me ha hablado de él.

—¿No entiendes?... Tu madre murió luego de darte a luz.

Repentinamente toda la habitación comenzó a dar vueltas, y Victoria se sintió muy débil para cuestionar. Por primera vez en la vida algo le resultaba imposible de entender. Y ese "algo" no era ni más ni menos que su propio pasado.

—Tu madre estaba embarazada de nueve meses. Era igual a ti, por cierto...

—La misma mirada orgullosa —acotó con algo de desdén la dama sentada a la mesa.

La otra, en cambio, se apuró a continuar con voz serena.

—Tu padre tuvo que viajar a Europa por negocios. No quería dejarla, pero... como todavía faltaban unos días...

—Quedó a nuestro cuidado —añadió la de pelo oscuro.

—Pero lo cierto es que una noche tu madre no regresó a la casa. Era un espíritu demasiado libre, para mi gusto, y nunca nos rendía cuentas. Nos preocupamos, y de inmediato mandamos a buscar a tu padre... A la medianoche nos enteramos de la noticia: había muerto en un hospital, a las pocas horas de ser atropellada por un auto.

—¿Y el bebé?

—Sabíamos que era una niña, y según el parte del hospital había nacido sin vida. Nuestro hermano creyó enloquecer. Y cuando en la morgue sólo le entregaron el cuerpo de su esposa, comenzó a sospechar de que algo raro había ocurrido con su hija. Contrató a un investigador, el mejor por aquel entonces. Gastó una verdadera fortuna sobornando gente para saber la verdad. Finalmente fue una enfermera la que se quebró. Según sus dichos la bebé había sido robada a poco de nacer, y para evitar complicaciones el médico había labrado el acta de defunción. Imaginarás lo que la noticia provocó en tu padre. ¡Nunca volvió a ser el mismo! Removió cielo y tierra buscándote. Revisó, personalmente, todas y cada una de las partidas de nacimiento registradas en el país durante 1980.

—Yo nací en 1979— se apuró a decir Victoria, sin ocultar su alivio.

—Por eso no se te encontró en un principio. Ramona, que nunca se había destacado por su inteligencia, tuvo la suficiente astucia como para anotarte a los tres años, falseando tu fecha de nacimiento... ¡Tu naciste en 1980!. No tienes veintisiete. Tienes veintiséis años.

Victoria enmudeció. Hasta su adolescencia, siempre había sido la más baja de la clase. Y si bien no había tenido nunca dificultad con las distintas asignaturas, a lo largo de los años gimnasia y artes plásticas habían sido particularmente esquivas con ella. Mientras que las demás cortaban con la tijera con facilidad, ella luchaba con sus manitas torpes. Mientras toda la clase respetaba las líneas,

ella hacía verdaderos mamarrachos a la hora de colorear. Mientras la letra de sus compañeras se achicaba, ella necesitaba dos renglones para escribir cada palabra.

—Por supuesto buscamos a Ramona. Toda la servidumbre de entonces fue vigilada, y también ella, a pesar de que hacía varios meses que ya no trabajaba con nosotros. Incluso se la buscó en Tucumán, su provincia natal...—

—Vivíamos en la provincia de Misiones —dijo Victoria, casi para sí.

—Nuestro hermano nunca dudó de que estabas con vida. Por eso cuando te vió en la facultad, en la mesa de examen... ¡Al ver tu rostro entiendo por que te reconoció con tanta facilidad!...—

—¿En la mesa de examen? —repitió mecánicamente la muchacha.

Y buscó donde sentarse.

No dudó ni por un minuto. Todavía recordaba la inexplicable conmoción que había sentido cuando aquellos ojos azul cielo, como los suyos, la habían mirado por primera vez.

¡El profesor Ferrari!...

¡Por eso aquel gesto, aquella sonrisa dulce, que ella había interpretado como una forma de tranquilizarla ante el temor del examen! La había retenido durante dos horas. La

había paseado por todo el programa, y no había dejado punto sobre el que no la interrogara con amabilidad. Mientras ella trataba de recordar, el viejo profesor la miraba, encantado... Quizás por eso, el cálido apretón de manos y la felicitación final, no la habían sorprendido en lo absoluto. Más allá de su fama de autoridad en la materia, era fácil darse cuenta de que aquel hombre era una buena persona.

—El profesor Ferrari...— susurró Victoria.

—Tienes sus mismos ojos —dijo la mujer sentada.

Ahora Victoria estaba demasiado confundida como para pensar con claridad.

En el fondo de su alma quería creer que alguien tan dulce como el profesor Ferrari era su padre. Y que ese padre no la había abandonado. Era una fantasía no confesada, que había poblado sus sueños infantiles: tener un papá como los demás. Un papá que se preocupara por ella.

¡Pero lo de su madre era otra cosa!

Ramona Rojas era (había sido) la mujer más dulce y generosa que hubiera sobre la tierra... Mansa, repleta de bondad, incapaz de cualquier cálculo o bajeza. Y había dedicado su vida entera a cuidarla...

¿Y ahora se suponía que era una ladrona de bebés?! ¡De ninguna manera!

Aunque...

¿Cómo negar las diferencias que tenía con su madre? Y no era sólo el color de la piel.

Cuando pequeña había intentado una y otra vez enseñarle las cosas que ella aprendía con facilidad en el colegio, pero la pobrecita... Con los años dejó de hacerlo. No quería humillarla.

No, la relación entre las dos no pasaba por la apariencia o el intelecto, sino por un profundo e inquebrantable amor. Un amor tan puro, que había desconocido siempre toda diferencia.

—Lo lamento —dijo Victoria, al fin, poniéndose de pie—. Lamento la muerte del profesor Ferrari. Pero es imposible que yo sea su hija.

La mujer que llevaba la voz cantante la obligó a sentarse nuevamente, y luego se acomodó junto a ella.

—Mira, querida: mi hermano consagró su vida a buscarte y a hacer grande el negocio familiar. Hoy él ha muerto, y su empresa está a punto de desaparecer. Si es verdad que eres su hija, es tu obligación preservar su legado...

Victoria la interrumpió: —Sí, si de verdad fuera su hija, pero...

—¿Le temes a la verdad?

—¡No!

—Entonces, tú sabrás lo que debes hacer. No volveremos a importunarte. Si quieres cerrar los ojos, y pensar que esto es la fantasía de dos hermanas que han perdido a lo que más querían, allá tú. Pero si en cambio estás dispuesta a hacerte cargo de tu destino, sigue las instrucciones de este papel.

Abrió su bolso, y le alcanzó una hoja mecanografiada.

—Es tú decisión —concluyó la dama.

Y diciendo eso, se puso de pie, sin quitarle la mirada de encima a Victoria, que permanecía confundida. La otra mujer la siguió, obediente, y ambas se apuraron a salir del cuarto sin añadir otra palabra, o intentar un saludo.

Sentada a la mesa, sola, como lo estaba desde la muerte de la que ella creía su madre, la muchacha observaba el papel.

¿Le tenía miedo a la verdad?

Necesitaba desesperadamente alguien que la ayudara a pensar, pero ahora que había roto con Guille, Victoria no tenía a quien recurrir. Sus pocos amigos verdaderos habían quedado en Misiones, a muchos kilómetros de distancia. Y como el resto de su corta vida había estado siempre “de novia”, el tiempo sólo había alcanzado para tener algunos “conocidos”, pero nadie en quien pudiera confiar. Por eso, en el pasado, cada vez que había tenido un problema no había dudado nunca en recurrir a la dulce comprensión de su madre. Ella se limitaba a escucharla, y le daba la

confianza que estaba buscando: “Tú puedes, Victoria”, le decía. “Busca. La solución está en ti”.

Pero hoy estaba sola, y aquel cariñoso recuerdo estaba empañado por la sombra de la duda. ¿A quién recurrir entonces?

¿Acaso todavía le importaba a alguien?

Cohen había perdido toda la mañana discutiendo con el dueño del laboratorio cuya convocatoria de acreedores estaba llevando a cabo. Durante todo ese tiempo, Victoria había observado a su jefe pelear con fiereza contra la falta de lógica de aquel hombre molesto, que siempre quería tener razón. Pero cuando ya casi era mediodía, y la tensión entre ellos era imposible de soportar, ambos contendientes decidieron hacer una pequeña pausa. Como era habitual en aquellos casos, Cohen aprovechó el momento para tomar un vaso de whisky en el bar más cercano, mientras Victoria lo contemplaba en silencio. Era la forma que él tenía de aclarar sus ideas (o de resignarse a las estupideces ajenas). Una rutina que le permitía recuperar la calma, sin tener que articular ni una palabra.

Por eso Victoria se sorprendió de que, precisamente ese día, su jefe le hablara.

—¿Qué te ocurre, Victoria?

La muchacha lo observó, y como siempre que se encontraban con la mirada, Cohen bajó la cabeza, perturbado.

¿Cómo se había dado cuenta? ¿Era tan evidente?...

Pero, fuera por lo que fuera, Victoria agradeció en su interior el interés de aquel extraño. Desde que aquellas mujeres se habían ido de la pensión, la noche anterior, que ella se moría por llamar a Cohen y pedir su consejo. Y si bien, aún siendo tan tarde, sabía exactamente donde encontrarlo, no había hallado, en cambio, el valor para discutir con él un tema tan personal. Su relación, aunque muy estrecha, siempre se había limitado al plano del trabajo (y, por cierto, en todos aquellos años nunca había conocido nada de la vida privada de su jefe). Por eso no se había animado a telefonarle. Y ahora, como si lo hubiera adivinado, era justamente él el que preguntaba.

—Te he visto rara desde que llegué al laboratorio — insistió Cohen.

Por toda respuesta Victoria le alargó el papel mecanografiado que había llevado toda la mañana en su bolso.

—¿Sabes qué es esto?

Su jefe tomó la hoja, y se puso pálido. Luego se apuró a doblarla y se la devolvió.

—Es la autorización para hacer una prueba de ADN.

Victoria lo miró, sorprendida. Ella nunca antes había visto una de esas.

—Me la dieron dos mujeres que vinieron a buscarme al pensionado. Dicen que soy hija del profesor Ferrari, el de la cátedra de auditoría.

—¿El profesor Ferrari?

Cohen levantó la cabeza y por unos segundos buscó los ojos azul cielo de ella. Y esta vez fue Victoria la que desvió la mirada, avergonzada.

—Sí. Tienes sus ojos. Puede ser.

—¿Lo conocías bien?

—Fui adjunto a su cátedra. Y me ayudó mucho en los peores años de mi vida. Era una gran persona... Lo vi por última vez unos días antes de que muriera.

Por un segundo, callaron.

—¿Qué es lo que en verdad te molesta? —volvió a preguntar Cohen, ahora con la vista fija en el fondo del vaso.

Victoria se sorprendió de que aquel desconocido pudiera leerla con tanta claridad.

—Esas mujeres... Las hermanas de Ferrari... Ellas dicen que mi madre... me robó luego de que mi madre biológica muriera.

Cohen levantó la cabeza, como electrizado, y clavó su mirada profunda y varonil en los ojos de ella. Por primera vez desde que se conocían se miraron así, sin motivo, fijamente, como lo hacen aquellos que no necesitan hablar para comunicarse.

¿Fue impresión de Victoria, o la luz engañosa del mediodía?. Le pareció ver una lágrima asomando en la pupila de su jefe. Y aquella lágrima, real o no, y aquella mirada, le permitieron asomarse a un Cohen desconocido.

Pero como siempre que algo de su intimidad se daba a conocer, su jefe se enfureció de inmediato, y sin motivo alguno, estalló.

—¡Mozo! —llamó con violencia—. ¡Otro whisky!

—¿Otro?... Es la primera vez en cuatro años que te escucho pedir otro.

—Tienes razón. Uno es el límite... Con dos tiendo a perder el... ¡Al diablo! ¡Qué importa!...

Y volvió a mirarla a los ojos.

—¿Qué vas a hacer?— preguntó.

—No sé —respondió ella, con dolor.

—Mira Victoria... Conocí a tu madre cuando ella limpiaba la sedería de mi tío Bernardo. Charlamos en más de una ocasión... No lo imaginaste. ¡Era una gran mujer! ¡Y te amaba!... No permitas que te roben eso... ¡No dejes que se apoderen de tu pasado!...

Había una cierta desesperación en la voz de Cohen que conmovió a la muchacha, hasta el punto de hacerla llorar. Él, como siempre que algo lo superaba, agachó la cabeza y desvió la mirada. Luego continuó:

—Ella es tu historia, y no puedes rechazarla. Hoy siento ganas de decirte que rompas ese papel y corras lo más lejos posible...

En ese momento llegó el mozo con el whisky, y Cohen lo tomó con furia, antes de seguir hablando. Se lo veía mal.

—... pero lo que en verdad debes hacer es ir a ese sitio, y hacerte la prueba... Por mucho que duela, no se puede luchar contra la verdad, porque siempre termina destruyéndote...

—¿Destruyéndote?

—Quise decir, imponiéndose— se corrigió—. Ve, haz la prueba..., e intenta seguir con tu vida...

— Pero... ¿Si fuera positiva?... ¿Si fuera yo la niña robada?... ¿Cómo perdonar a Ramona por...?

— ¡¿Perdonar?! ¡¿Quién eres tú para juzgarla?! —se enojó Cohen. Pero inmediatamente trató de enmendar su arranque. Tomo aire, y continuó con suavidad—: Tú eres católica, Victoria. El Evangelio dice “no niegues en la oscuridad lo que has visto en la luz”... No cometas un error irreparable. No niegues nunca el amor que Ramona Rojas te prodigó, te digan lo que te digan de ella. Y jamás la

juzgues... Vivir es demasiado difícil, y nunca hay una sola razón para hacer las cosas...

Cohen agachó la cabeza, y se acarició las sienes. Parecía exhausto.

—Y ahora vamos. Tengo que terminar la “charla” con ese idiota antes de que el segundo whisky pegue la vuelta.

Victoria comenzó a juntar sus carpetas, mientras observaba a su jefe pagar la cuenta. Pero él, como siempre hacía en esas ocasiones, la ignoró por completo, y no volvió a dirigirle la palabra por el resto de la jornada. Era suficiente. Aquella había sido mucha más intimidad de la que se podía esperar de un hombre como Cohen.

Guillermo comenzó a caminar juguetonamente, arrastrando los pies entre los montones de hojas secas que tapizaban la vereda.

No había dormido en toda la noche, y hacer aquello lo remontaba a épocas mejores, y le brindaba placer. ¿Cuántas veces se habían besado con Victoria en el parque? ¿Cuántos otoños habían corrido entre las hojas, arrastrados por el viento?

Era muy infeliz. Extrañaba la dulce presencia de su novia. Durante siete años su amor había estado para él siempre que lo había necesitado. Y ahora tenía que arreglarse solo.

¡Por supuesto que quería casarse!. Y quizás lo hiciera antes de lo planeado, ya que a ella parecía importarle tanto. Juntos iban a poder encontrar alguna fecha, ni tan próxima ni tan lejana, que los complaciera a ambos. Por eso había ido hasta allí a aquellas horas ridículas. Quería sorprenderla. Llevarla a desayunar. Besarla, y...

¡Cohen!....

El auto de Cohen estaba parado frente a la puerta del pensionado, ¡a las siete de la mañana!

A pesar del frío intenso, la sangre de Guillermo comenzó a hervir. ¿Qué hacía Cohen allí?... ¿Llevaba a su novia a algún sitio o... la estaba regresando? No pudo pensar más. La voz de su jefe comenzó a escucharse, y sólo atinó a correr para esconderse tras el auto que su padre le acababa de prestar.

Una vez en la calle, Victoria y Cohen fueron directamente hacia el cascajo de él. Por fortuna no se miraban, ni se abrazaban, cosa que hubiera terminado de enloquecer al pobre muchacho que los observaba, agazapado. Todo parecía más bien algo “inocente”... ¿Aunque no sería él, Guillermo, el verdadero inocente en aquella historia? ¿Desde cuándo se estaban viendo esos dos, fuera del horario de oficina? ¿Adónde podían dirigirse tan temprano?...

Cuando el auto de su jefe partió, con rumbo desconocido, Guille se subió al de su padre, y comenzó una discreta persecución. A medida que las cuadras avanzaban,

tuvo la certeza de que jefe y empleada no se dirigían al estudio, ni a ningún otro sitio que tuviera que ver con el trabajo. No había clientes por aquella zona, una de las más coquetas de la ciudad.

A los veinte minutos el cachivache de Cohen se estacionó, y su perseguidor aminoró la marcha. Con disimulo pasó frente a ellos, acelerando luego, para terminar deteniéndose abruptamente en un semáforo en verde. Los que iban atrás lo colmaron de insultos y bocinazos, pero aquel investigador improvisado no se inmutó. Esperó pacientemente a que la luz se pusiera en verde dos veces más, hasta que pudo estar seguro del sitio adonde aquellos traicioneros se dirigían. Para cuando estacionó, y pudo regresar al lugar, Victoria estaba subiendo nuevamente al auto de Cohen.

Esta vez no los siguió. Primero porque le hubiera sido imposible alcanzarlos, y luego porque ya eran las ocho, y esa hora era sagrada para Cohen. Nunca llegaba tarde a la oficina. Aquel judío miserable era incapaz de perder un solo minuto de trabajo. ¡Ni siquiera por Victoria!

Guillermo caminó por la gran vereda hasta el lujoso edificio adonde aquellos traidores habían entrado minutos antes. Era una vieja casona de tres pisos, con una reluciente chapa de bronce en el frente: “Laboratorio y Análisis Clínicos Dr. Méndez Achával”, decía.

Un hombre salió, dejando la puerta abierta. Sin dudarlo Guille entró para... para...

¿Para qué había entrado? ¿Qué podía averiguar allí?

—¿En qué puedo ayudarlo, señor?—

La joven, con un hermoso uniforme azul, lo tomó por sorpresa.

—La señorita Victoria Rojas— respondió él, sin mucha convicción, mientras observaba a un joven arremangarse y a otro tirar un pequeño algodón al tacho de la basura.

—La señorita Rojas acaba de irse—

—Lo sé. Pero ella me mandó para averiguar la fecha en que estarán listos sus análisis.

—Acabo de decírselo... —dijo la muchacha, con algo de impaciencia—. El doctor Méndez Achával se va a ocupar personalmente del asunto. Y ni bien tengamos la muestra de sangre del señor Aldo Ferrari, o de un familiar cercano, para poder comparar, sólo será cuestión de esperar tres o cuatro días para el informe provisorio, y un par de días más para el definitivo—

Guillermo no contestó. Se limitó a salir de allí y tomar algo del aire helado de la mañana.

¿Aldo Ferrari?... ¿"Ese" Aldo Ferrari?...

—Te quería agradecer por lo de esta mañana. De verdad estaba juntando valor para poder ir sola... Y cuando viniste

a buscarme... —comenzó a decir Victoria, pero, sin siquiera mirarla, Cohen la interrumpió de inmediato:

—Sabía que ibas a ir, y no quería que llegaras tarde al trabajo. Hay un millón de cosas a medio hacer y si seguimos así...

Victoria no escuchó el resto de la protesta. Por el contrario, se limitó a observarlo en su deambular apurado de aquí para allá. Y sonrió.

No había duda: Cohen era una gran persona.

—¿Otra vez no has ido a trabajar?. Es el segundo día que faltas en menos de una semana.

El vozarrón del padre de Guillermo atronó la mesa familiar, mientras su hijo se escudaba tras un plato de sopa.

—Te van a despedir —insistió el hombre, muy enojado.

—¡Que me despida!... Para lo que me paga ese judío miserable de Cohen...

—Los judíos son todos unos miserables... —acordó su madre—. Llevan la tacañería en la sangre —añadió, mientras, con cuidado, desenvolvía la bolsita de té que había usado por la mañana, y la ponía nuevamente en el agua hirviendo.

—¿Y si te despide? ¿Adónde vas a ir?... ¿Tienes otro trabajo, acaso? Porque con tu curriculum no creo que... — comenzó a analizar con lógica su padre.

—Voy a quedarme aquí. Voy a montar mi oficina, y voy a trabajar en forma independiente —respondió Guille con altivez.

—¡Independiente! —aulló el viejo abogado, casi ahogándose de la furia—. ¡Tú desconoces el significado de esa palabra! Tienes casi treinta y no has trabajado ni un año entero en toda tu vida. Tienes casi treinta, y ni piensas en mudarte de tu cuarto... ¡Y ahora, como si fuera poco, quieres también poner allí tu oficina!

Entonces fue su esposa la que lo enfrentó: —¡¿Qué te pasa?! ¿Estás echando a tu hijo de su propia casa?

—¡Ganas no me faltan!... Ya estoy harto de llegar al mediodía y encontrarlo durmiendo... Ya estoy harto de...

Con descaro su esposa dio vuelta la cara y comenzó a hablar con su primogénito, como si ya no escuchara los gritos de su marido. El viejo abogado, harto también de lidiar con causas inútiles, tragó su rabia junto con un gran bocado, y finalmente calló.

—Guille... —dijo la dama en voz calma—, cambiando de tema..., el sábado es el casamiento de tu prima Susana... Por favor, dile a tu novia Victoria que ese vestidito azul es muy bonito, pero ya lo ha usado en todas y

cada una de las fiestas de la familia... No tiene derecho a hacernos pasar vergüenza una vez más...

—Victoria no va a ir —respondió el muchacho en un hilo de voz.

Su madre y su padre observaron a Guillermo con ojos desorbitados.

—Nos separamos...

— ¡Gracias a Dios! —gritó su madre, mientras pegaba un salto para abrazarlo—. Ay, hijo, no sabes que alegría me has dado...

Su padre, en cambio, se limitó a vociferar desde el otro lado de la mesa:

—¿Eres idiota, Guillermo?... ¿La has dejado ir? Lo único bueno que conseguiste en la vida, y ahora la pierdes...

Su esposa se enfureció: —¡¿Bueno?! ¿Cómo puedes decir eso?... ¡¿Acaso no te preocupaba llegar a tener un nieto “cabecita negra”, como lo era esa Ramona?!

—El ingeniero Campos es un “cabecita negra”, como dices tú, y bien que te mueres porque te invite a su casa.

—Eso es muy distinto. Los Campos son gente importante. Se le puede perdonar el color de la piel, pero... ¡Por amor de Dios! ¡Esa muchacha y su madre se dedicaban a limpiar!—

—Sí, y cuando no lo hacía, estudiaba, trabajaba, y hacía apuntes para tu hijo, o lo anotaba en las asignaturas, o le explicaba lo que él no entendía, que era “todo”, porque tu hijo nunca entiende nada, o lo despertaba para que no olvidara ir a dar un examen. Si no fuera por ella, este idiota todavía estaría en primer año. Y si ella no le hubiera conseguido trabajo en lo de ese judío que tanto desprecias...

—¡Basta! —interrumpió Guille aquel pandemonio—. ¿Podemos terminar la comida en paz?... Tengo demasiadas cosas en que pensar como para oírlos también a ustedes...

Por un momento reinó la calma. El padre de Guillermo, frustrado, se llevó un pedazo inmenso de carne a la boca, mientras su mujer apretaba con los dedos el saquito de te usado, en busca de las últimas gotas que le pudiera brindar.

—Dime papá... ¿Rolón no era el abogado de Aldo Ferrari?

—¿Te has olvidado que gracias a su intervención Ferrari te aprobó la asignatura?

—No, querido padre. Sobre todo porque tú vas a recordármelo el resto de mi vida.

—Debería... Nunca pasé tanta vergüenza... Menos mal que Rolón es un buen amigo... La otra tarde estuve con él. Y este asunto de Ferrari lo tiene como loco.

—¿A qué te refieres?

— ¿Pero no se murió Aldo Ferrari? —preguntó su mujer, siempre interesada en las noticias de un sociedad que no era la suya.

—De un cáncer. Y eso que tenía diez años menos que yo. Pero la bruja de su mujer y sus dos hijas terminaron llevándolo a la tumba. Y ahora, las muy estúpidas, están dispuestas a terminar con su obra: ¡van a vender la fábrica por dos millones de dólares!

—¿Dos millones de dólares? —se atragantó Guille, mientras sus ojos comenzaban a brillar.

—¡Cuánto dinero! —se maravilló su madre.

—¡Nada! Sólo el terreno de la fábrica debe valer más... Es prácticamente una estafa, como dice Rolón...

—¡Pero dos millones de dólares!... Es mucho... —insistió la madre.

—Si te lo diera a ti no te duraría ni un día... Como a esas arpías. Al ritmo que gastan, en cinco meses van a estar en la calle... ¡Y es que el dinero nunca alcanza cuando uno es un idiota! —sentenció el hombre.

—¿Me estás llamando idiota a mi? —gritó la dama.

Pero Guillermo ya no podía escuchar.

¿Dónde estaría el número de su buen amigo, el hijo de Rolón?...

Victoria se recostó en su cama y cerró los ojos. A pesar de que apenas eran las diez de la noche estaba totalmente agotada. La última semana había sido una verdadera locura... Y no, como había supuesto en un principio, por el suplicio que implicaba esperar el resultado de la prueba de filiación, sino porque su jefe la había llenado de trabajo. ¡Casi no había tenido tiempo para pensar en nada más!... Y ahora que lo notaba... ¿no lo estaría haciendo Cohen a propósito, para distraerla?... Por cierto, no había vuelto a hablar del tema, ni con él, ni con nadie. E incluso, a veces, tendía a creer que todo el asunto no era más que un sueño.

Sintió que una modorra pesada la invadía. Y comenzó a soñar de verdad.

Estaba corriendo. Corría por un bosque denso, oscuro. Una rama la hizo caer al suelo con violencia, y de su rodilla lastimada comenzó a brotar una sangre roja, muy roja, como la caoba. Se puso a llorar, asustada, y Guillermo llegó para consolarla. Él la besó como nunca antes lo había hecho, y ella tuvo la sensación de que caía, caía placidamente. Pero luego él se sacó una máscara y ya no era su novio, sino que era alguien más. Alguien que ella no llegaba a distinguir, pero que, sin embargo, estaba segura de conocer.

El zumbido fuerte de su teléfono móvil la despertó. Miró el visor, pero era un número desconocido. Se incorporó para atender.

Del otro lado del aparato, una voz de mujer le habló. Fueron pocas palabras, pero sirvieron para que quedara asustada y temblando.

— Bienvenida a la familia— le dijo.

Y ya no pudo escuchar más.

—¿Recuerdas la morocha?... La morocha era la mejor...

—¿Y el culo que tenía?... ¡Qué culo!

—Sí... ¡Qué años aquellos!... ¡Si que lo hemos pasado bien tú y yo!... Ahora, en cambio, sólo tengo noticias tuyas cuando voy a lo de Silvia y Martiniano...

—Lástima que te hayas perdido estos últimos años... Fueron los mejores...

—Estaba de novio y...—

—¿Estabas?... ¿Dejaste a la muchacha de los ojos claros?... ¿Después de cuántos años?...

—Siete.

—¿Cómo se llamaba?

—Victoria.

—Sí, Victoria. Ahora lo recuerdo... Pero no tienes que ser egoísta. Podrías pasarme su número. La niña era un poco chata, ¡pero tenía lo suyo!

—Victoria es una muchacha seria. Y además... Intento recuperarla.

—¡Lástima!. No sabes como me divierto desde que me recibí de abogado. ¡No tienes idea de lo buena que están las niñas que ligo ahora!

—Justamente de eso te quería hablar...

—Si quieres que te presente a alguien...

—No, no de las niñas, sino de tu trabajo.

—¿No me habrás llamado después de tanto tiempo para hacerme una consulta legal, no?

—No, claro que no... Pero quería saber... ¿El profesor Ferrari era cliente de tu padre, no?

—Yo mismo he hecho su testamento —respondió el otro con orgullo

—¿Sólo tiene dos hijas, no?

—¡Y la mujer!... No sabes que bomboncito, a pesar de los años... ¡Y le encanta mostrar el cuerpo!

—Y a la esposa y a las hijas les toca todo...

—Casi... Claro, si no aparece la heredera perdida —dijo Eduardo Rolón, mientras apuraba su trago.

—¿La heredera perdida?

—¡Sí!... Una hija del primer matrimonio del viejo. Pero hasta ahora nadie sabe adonde se ha metido. Hacer el

dichoso testamento me llevó casi medio año, porque el tipo buscaba todas las trampas legales como para que su dinero fuera a parar a manos de aquel fantasma, en el remoto caso de que apareciera. El pobre hombre estaba tan obsesionado con ella, que la veía en todas partes.

—Y de estar con vida... ¿qué edad tendría esa niña?

—Veintiséis, veintisiete...

El teléfono móvil de Eduardo comenzó a sonar, y Guillermo, a su lado, aprovechó para perder la mirada en un futuro que ahora vislumbraba perfecto. Ya no había motivos para no casarse con Victoria. La amaba, y ella iba a cobrar una fortuna que les permitiría ser felices para siempre. Sólo tenía que esperar la confirmación. Asegurarse que su Victoria Rojas era ahora Victoria Ferrari...

—¡A que no sabes! —lo interrumpió Eduardo, mientras cerraba el aparato—. Justo que estábamos hablando de eso, me llama mi padre. ¡Ya está confirmado! ¡Apareció la heredera! Se pudrió la venta ¡Por ahora, la cuenta sigue siendo nuestra!

Eduardo alzó la copa, y Guillermo lo imitó. La venta de la fábrica Ferrari quedaba postergada, a la espera de nuevos vientos. Los Rolón mantenían así un cliente de muchos años, y Guillermo...

En la cabeza de Guillermo comenzaban a resonar con fuerza los primeros acordes de la marcha nupcial.

La habitación entera estaba girando. Victoria intentaba quedarse quieta, con los ojos cerrados. No quería pensar. No quería mirar el camastro vacío de aquella extraña que tantas veces había llamado madre. Una mujer que la había obligado a vivir en la miseria. A abrirse paso en la vida sin el apoyo de un padre amoroso que la estaba buscando. ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Trató de refugiarse en las palabras de Cohen: “No niegues en la oscuridad lo que has visto en la luz”. Trató de recordar las caricias de su madre, su voz calmada... ¡Y se enfureció!. No era su madre. No era nadie para ella. Era...

Tenía que hablar con Cohen.

Con esfuerzo tomó el teléfono que ahora yacía tirado en el piso, y comenzó a marcar.

“Su saldo no le permite realizar esta llamada. Por favor efectúe una nueva carga”.

Dejó caer el teléfono. Necesitaba hablar con Cohen. Necesitaba huir de aquel cuarto repleto de reproches. Necesitaba que la voz profunda de su jefe la serenara. Que sus ojos tristes la consolaran. Necesitaba un amigo como él.

Tomó su abrigo y las pocas monedas que pudo recolectar, y se apuró a salir a la calle. Helaba. A pesar de que era otoño hacía un frío gélido y húmedo que se metía en los huesos. Comenzó a caminar por la calle desierta. Miró su reloj. Eran las once de la noche, del primer día de

su futuro. Se acercó al teléfono público que estaba en la esquina. Milagrosamente funcionaba. Comenzó a discar el número de su jefe, y se dejó arrullar por el timbre del llamado... Pero nada. No contestaba. Extraño. Cohen era un hombre previsible, y siempre atendía su celular. Volvió a intentar, mientras se dejaba invadir por la congoja. Nuevamente aquel sonido esperanzador... Y nada.

No quería resignarse. Volvió a llamar una y otra vez.

Pero, por primera vez desde que lo conocía, Cohen no estuvo allí para atenderla.

Guillermo no había querido dejar pasar ni un minuto. Se trataba de su futuro y, como su padre siempre decía, el futuro era lo más importante.

Se estacionó frente a la pensión. Con cuidado bajó varias macetas con flores amarillas, de esas que se usaban para los entierros (las únicas que había encontrado en la florería a aquella hora de la noche), y las acomodó con gracia sobre el pavimento mojado. Luego subió el volumen del estereo del auto de su padre. Cantaba María Marta Serra Lima:

“No hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo...”

Era la frase correcta. Luego la letra comenzaba a hablar acerca de “un amigo”, y eso no iba en absoluto para el caso, pero dado el poco tiempo disponible, había tenido que conformarse.

Una vez armado el escenario, y a pesar de su mala puntería, se esmeró en tirar piedritas a la ventana de Victoria.

—¡Victoria!, ¡Victoria! —gritaba.

Pero nada.

Los vecinos, por el contrario, comenzaron a asomarse, enojados. Pero su novia no aparecía.

—Escucha Victoria... ¿quieres que reconozca públicamente que soy un idiota?... ¿Quieres que me humille aquí, frente a todos?... Está bien, Victoria... Soy el tipo más idiota que puedas encontrarte... Perdóname Victoria...

Un grupo de involuntarios espectadores comenzó a burlarse de Guille.

—Eh, Victoria... Perdona al pajarón, que queremos dormir...

—No eres un idiota, eres un pelotudo de mierda, hermano.

—Victoria, a ver si se la chupas y lo haces callar a este idiota.

No era un buen barrio.

Guillermo, sin embargo, insistía. Y respondía a los gritos subiendo aún más el volumen de la canción.

Ya era una guerra declarada. Primero fueron insultos. Luego la gente comenzó a tirarle todo tipo de objetos, y él

se vió obligado a revolver una de las macetas, que, por la ley de la gravedad y su mala puntería, volvió hacia él en forma de una lluvia de tierra y cascotes. Finalmente tuvo que terminar parapetándose detrás de un árbol.

Y estaba así, oculto y mirando a sus agresores, cuando sintió que alguien le tocaba el hombro. Era Victoria, que recién llegaba a su casa, con muy mala cara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, asombrada. Y luego gritó a sus vecinos—: Por favor, bajen esa música porque me está enloqueciendo...

—La música es mía —dijo Guille, y se apuró a apagar aquel estruendo.

Poco a poco, acallado el ruido, y dado que al día siguiente había que ir a trabajar, la barriada olvidó todo encono y volvió a encerrarse en sus sueños. A los pocos minutos ya estaban solos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Victoria, mirando con sorpresa las pocas flores que habían sobrevivido a la andanada de objetos.

—Victoria, querida Victoria... Es mi forma de decirte lo que guardo en el corazón...

Guille intentó nuevamente musicalizar tan meloso discurso, pero su novia lo detuvo.

—Está bien —acordó él—. No necesito a la Serra Lima... Puedo hablar solo... Victoria, querida Victoria...

Y entonces, para sorpresa de la muchacha, se puso de rodillas frente a ella.

— ... ¿quieres casarte conmigo?

La pobre niña, mareada como estaba, no pudo contenerse.

—Guillermo, te has arrodillado sobre la suciedad de un perro...

El novio frustrado se puso de pie de un salto, y comenzó a limpiarse con unos pañuelos de papel que llevaba en el auto. Los sacaba de una pequeña cajita, uno tras otro, como si fuera un acto de magia, mientras profería todo tipo de insultos.

—¿Puedo pasar a limpiarme? —preguntó al fin, cuando ya no quedaron más en el envase.

—Lo lamento. Las reglas de doña Rosa respecto de las visitas...

—Está bien... Esto resultó un desastre. No soy un tipo mortalmente romántico... Pero estoy harto de que vivas en esta pensión miserable. De que pases tu vida alejada de mí... Porque yo, Victoria, soy tu único pariente. Y no necesitas en este mundo a nadie más que a mí. Somos tú y yo. Y los hijos que tendremos juntos. Pronto. Cuanto antes.

Le había robado algunas palabras a Cohen, pero el discurso parecía estar funcionando. Victoria lo miraba ahora con más atención.

—Porque yo, Victoria, quiero casarme contigo.

Y diciendo esto le alargó una caja con alianzas de oro que había tenido la previsión de comprar a crédito durante la mañana.

Victoria miró los anillos, observó las flores regadas en el piso, y lo miró con desconfianza.

—¿Cómo vas a pagar todo esto?

—Nos arreglaremos. Como podamos.

—¿Por qué justo hoy quieres casarte conmigo? —preguntó suspicaz.

—¿Por qué no?... ¿Acaso ha cambiado algo en nuestras vidas?

—¿Acaso “tú” sabes algo?

—Sí, se que te quiero —le dijo. Y la besó.

Y Victoria se dejó besar. Estaba demasiado mareada. Y Cohen no respondía...